

VOLVER A BOURDIEU: ALGUNAS PROPUESTAS PARA PENSAR EL (HIPER)CAMPO LITERARIO MUNDIAL

BACK TO BOURDIEU: INSIGHTS ON THE WORLD LITERARY (HYPER-)FIELD

Antonio Munir Hachemi Guerrero
Universidad de Pekín
munirhg@disroot.org

Fecha de recepción: 24/10/2021

Fecha de aceptación: 29/12/2021

<https://doi.org/10.30827/tn.v5i1.22504>

Resumen: El presente trabajo persigue dos objetivos. En primer lugar, se propone volver a pensar el complejo marco metodológico de la teoría de campos de Pierre Bourdieu a través de la mirada de dos pensadores contemporáneos suyos pero supelementalmente incompatibles con él: Gilles Deleuze y Michel Foucault. Del encuentro de esos autores surge otra forma de concebir el campo, una mirada más abstracta con la que se busca, en la segunda parte, hacer algunas propuestas que permitan pensar el caso urgente de la literatura mundial en el contexto de dicha teoría. Al mismo tiempo, se citan y se discuten las ideas de otros investigadores que han ensayado aproximaciones similares.

Palabras clave: Teoría de campos; Pierre Bourdieu; Gilles Deleuze; Michel Foucault; literatura mundial.

Abstract: This essay has two objectives. On the one hand, it suggests that the complex set of concepts of Bourdieu's field theory could be reshaped by the ideas of two of his contemporaries, Gilles Deleuze and Michel Foucault, even if the works of the two philosophers have been historically considered antagonistic to those of the sociologist. The gathering of these three authors leads us to a new concept of the field, to a broader perception that seeks, in the second part of this text, to suggest some ideas through which we can rethink the urgent case of World Literature in the context of that theory. Besides, other scholars' ideas about the possibility of a new field theory are cited and discussed.

Palabras clave: Field Theory; Pierre Bourdieu; Gilles Deleuze; Michel Foucault; World Literature.

El sentido sólo aparece en la
relación de la cosa con la fuerza de
la que ella es el fenómeno.

François Zourabichvili

Introducción

Los problemas que surgen de la conjunción de la teoría de campos de Bourdieu tal como él la formulara¹ y los procesos de globalización que vienen modificando la arquitectura mundial sobre todo desde los años noventa han sido señalados en multitud de ocasiones. El propio Bourdieu era consciente de que la teoría de campos necesitaba adaptarse a las circunstancias concretas de nuestra época, y así lo expresó en el "Post scriptum" de su libro *Las estructuras sociales de la economía* (2000)². Es cierto que en ese trabajo se ciñe al ámbito del campo económico, pero en el sistema de Bourdieu ese campo está unido (podríamos aventurar un neologismo y decir *homologado*) a los campos simbólicos, y él mismo señala ya en el cambio de milenio que el efecto de los procesos globalizadores de la economía "se advierte con claridad en el orden de la cultura y la lengua" (*Las estructuras sociales de la economía* 255).

1 En rigor Bourdieu nunca escribió tal cosa como un tratado de la teoría de campos. Se suele citar, para el caso del campo literario, *Las reglas del arte* (1992), pero quizá el volumen en el que se acerca más a lo que podríamos llamar una definición 'cerrada' de la noción de campo y de las que la acompañan sea el que escribió a cuatro manos con Loïc Wacquant, *Una invitación a la sociología reflexiva* (1992), de un infinito valor pedagógico.

2 Se suele apelar a este texto, pero Bourdieu ya había señalado el problema un año antes en "Une révolution conservatrice dans l'édition" (14).

Una parte de los estudios recientes sobre literatura mundial ha tomado esa inconsistencia como punto de partida para revisar las herramientas metodológicas de Bourdieu. Otra —principalmente la anglosajona— ha preferido acudir a otras fórmulas conceptuales para construir un nuevo objeto de estudio. En este artículo me enmarco en el primer grupo y me propongo revisar una vez más el poderoso sistema de Bourdieu para sugerir una serie de nociones —en el fondo: una mirada más abstracta— que hagan desaparecer esos problemas, por más que en el proceso puedan aparecer otros nuevos³.

Herramientas metodológicas

Para enmarcar la propuesta que sigue debo referirme a mi tesis doctoral, *Repensar a Bourdieu: La recepción de Borges en la narrativa española (1975 – 2011)* (2020). En ella traté de volver a Bourdieu desde una perspectiva que me parecía especialmente productiva: la de la filosofía de Gilles Deleuze⁴. En la segunda parte elaboré, desde ese encuentro, un estudio cualitativo y cuantitativo de la recepción de Borges en el campo narrativo español desde 1975 (en rigor 1977) hasta 2011 a partir de una aproximación similar a la de la teoría de redes pero que trataba de salvar los inconvenientes que Sapiro señala en dicha teoría (132, 136). Aunque en este artículo no me referiré a ese estudio de caso, sirva como ejemplo de una posible aplicación práctica de lo que expondré a continuación⁵.

En primer lugar, el vínculo entre Bourdieu y Deleuze merece una explicación. Aunque compartieron época y lugar —y por ende un “espacio de los posibles” epistemológico— pertenecieron a escuelas distintas. Existe en Bourdieu y en sus discípulos la idea de que desde el campo de la filosofía y de los estudios literarios su quehacer sociológico es despreciado por “burd[o] y sacríleg[o]” (Bourdieu y de Biasi 65; Boschetti 77), probablemente debido a su aspiración científica (Bourdieu y de Biasi 66). Al mismo tiempo, se critica a autores como Foucault o Deleuze por no problematizar todo aquello que tradicionalmente se da por hecho al hablar de literatura (Boschetti 73).

3 Me adscribo a la idea de Deleuze y Guattari según la que los problemas no se resuelven sino que desaparecen al cambiar lo que en su geofilosofía sería el ‘plano de inmanencia’ (*¿Qué es la filosofía?* 76).

4 En realidad, en esta propuesta la obra de Michel Foucault es tan relevante como la de Deleuze, pero de alguna manera este incorpora las herramientas de aquel que aquí utilizaremos en los cursos que dictó en 1985 y 1986 en París VIII, puestos en volumen, desgravados transcritos y traducidos por la editorial Cactus (cf. Deleuze, *El saber. Curso sobre Foucault. Tomo 1; El poder. Curso sobre Foucault. Tomo 2; La subjetivación. Curso sobre Foucault. Tomo III*). Para un análisis más detallado de los cruces que han dado lugar a las herramientas teóricas que presento véase mi tesis doctoral, sobre todo las páginas 92-95.

5 Se puede consultar también mi tesis doctoral para un desarrollo teórico más profundo de lo que aquí propondré. Además, en ella añadido también un diálogo con los trabajos de Franco Moretti que ha quedado fuera de este artículo.

Todas esas disputas deben entenderse, irónica o paradójicamente, como conflictos por el dominio epistemológico de un campo: el académico. Si ajustamos el foco de la lente observamos que hay en Bourdieu un prurito filosófico y que, desde luego, ni Deleuze ni Foucault creían en algo como una esencia inalterable de lo literario. Es en las aproximaciones metodológicas donde lo que son profundas concordancias pueden aparecer como graves discrepancias. Así, Foucault estudia filosóficamente a Raymond Rousset (Foucault, *Raymond Rousset*) y Deleuze y Guattari hacen lo propio con Kafka (Deleuze y Guattari, *Kafka, por una literatura menor*), pero eso no significa que desconozcan las posibilidades de una lectura sociológica sino que se ponen, para esas obras, en pie de diálogo con los autores que analizan.

El inmenso aparato conceptual de Deleuze está siendo retomado por algunos investigadores que lo aplican a un análisis político de nuestro tiempo⁶. En este sentido destaca *Deleuze, Marx and Politics*, donde Nicholas Thoburn revisa al Deleuze marxista⁷ para descubrir la “ontología política” (Hardt) del francés. Aunque el objetivo de este artículo sea distinto, la pulsión de encontrar en Deleuze una máquina abstracta que permita abordar una gran variedad de objetos de estudio es compartida.

Pensar a Bourdieu a través de Deleuze supone, a un nivel fundamental, llevar hasta sus últimas consecuencias una concepción relacional del mundo. Si bien me resulta imposible desarrollar aquí de forma extensa todo el aparato metodológico que utilizaré, es necesario hacer algunos apuntes teóricos que sustenten mis razonamientos. Debo aclarar que las herramientas que voy a desplegar en las páginas que siguen surgen de operar un giro en la mirada y no de negar la potencia del corpus nocional de Bourdieu. Se trata, digamos, de leer deleuzianamente a Bourdieu, y al hacerlo algunas ideas se mantienen, como la de campo (aunque incluso esta sufre cambios profundos y sutiles, como mostraré a continuación) y otras desaparecen o quedan subsumidas dentro de otras, como la de *habitus*.

Comenzaré por el concepto central: el campo autónomo. La definición es conocida y quizá su formulación más precisa sea la siguiente: “[u]n campo es un conjunto de relaciones objetivas e históricas entre posiciones ancladas en ciertas formas de poder (o capital)” (Bourdieu y Wacquant 44). Otras veces Bourdieu habló del campo como “juego” o “sistema” (*La distinción. Criterio y bases sociales del gusto* 129), y en alguna ocasión lo representó como un mapa (*Las reglas del arte* 186). Subyace a esas

6 De hecho, Deleuze también tiene un *Post-scriptum* en el que analiza con gran lucidez los problemas políticos de las décadas venideras ya en 1990 (Deleuze, “Post-scriptum sur les sociétés de contrôle”).

7 Él mismo se declaró como tal y reconoció que “*El Anti-Edipo* y *Mil Mesetas* están completamente atravesados por Marx, por el marxismo” (“Últimos textos: El ‘Yo me acuerdo’ La inmanencia: una vida...” 232). Cuando murió preparaba un libro titulado *La Grandeur de Marx*.

descripciones la idea de *imaginar* (en un sentido etimológico) el campo, y todas son problemáticas en alguna medida. A la primera, sobre todo, se le podría preguntar si las “formas de poder (o capital)” preceden, entonces, a la existencia del propio campo o si más bien lo conforman.

La definición que propongo aparece cuando se lee a Bourdieu desde otra óptica. No es raro, en realidad, acudir en este punto a Foucault, cuya obra está atravesada por la pulsión de entender el modo en que funcionan las relaciones de poder. En su marco de pensamiento, el poder —el diagrama— “es informal, no estratificado, inestable, difuso, multipuntual, abstracto sin ser general, virtual sin ser ficticio o irreal” (Deleuze, *El poder. Curso sobre Foucault. Tomo 2* 116)⁸. Hay, por lo tanto, un reino del poder, y frente a él hay un reino del saber, de “lo visible y [...] lo enunciable” (Deleuze, *El saber. Curso sobre Foucault. Tomo 1* 145). Vale decir: *hay* un diagrama que las obras calcan, navegan, mapean o subvierten. La paradoja —y la dificultad— estriba en que nuestra única forma de intuir ese diagrama pasa por observar cómo los objetos del campo se relacionan con él. El saber actualiza el poder, que es un conjunto inmenso de vectores, de relaciones de fuerzas, del que no podemos hacer mapa sin actualizarlo. En ese sentido, no hay saber sin poder ni poder sin saber, y ninguno preexiste al otro, no hay una relación de base / superestructura ni de nómeno / fenómeno, sino aquella que media entre lo virtual y lo actual (cf. Deleuze, *El poder. Curso sobre Foucault. Tomo 2* 46). De la propia definición de Bourdieu y de los grandes esfuerzos que hizo para romper con el binarismo entre los agentes y las relaciones, entre la estructura y el sujeto (cf. Bourdieu, *El sentido práctico* 113-14; *Meditaciones pascalianas* 241) acaba por surgir de forma casi natural la necesidad de una diferenciación radical entre los planos del poder y del saber.

Ahora bien: ¿en cuál de esos ámbitos se puede comprender el campo? La pregunta no es baladí y tiene que ver con cierta ambigüedad terminológica que desgranaré más adelante. Pero es claro que el campo no puede caer del lado del poder, ya que no es un diagrama, es decir, no se trata de la propia geometría de, digamos, el mundo; tampoco del lado del saber, ya que no es un conjunto de objetos visibles y enunciables. Por su propia naturaleza, el campo está en un estado intermedio y funciona como una máquina que toma singularidades del poder y las actualiza en objetos del lado del saber. Es, por lo tanto, un dispositivo⁹.

8 A riesgo de repetirme subrayaré que acudo a los cursos de Deleuze por su valor en tanto *summa* foucaultiana. Todas las ideas que aquí se proponen se pueden rastrear en la obra de Foucault, pero al glosarlas Deleuze las modifica de un modo que las hace extremadamente útiles como herramientas metodológicas. En mi tesis doctoral hago el camino inverso y encuentro cada una de las ideas originales en el corpus textual foucaultiano.

9 Aunque ya se ha leído el campo de Bourdieu como un dispositivo (cf., por ejemplo, Cerón Martínez), aquí trato

La idea del campo como un dispositivo foucaultiano de saber / poder¹⁰ da cuenta de su inmenso alcance metodológico. Al trazar un mapa creemos ver solo la superficie de ese mapa y la remitimos al territorio que supuestamente representa, pero tendemos a olvidar que lo más importante es el sistema de coordenadas que subyace, invisible, al trazado. Esa geometría, que es el poder, queda recogida en la noción de dispositivo. Al mismo tiempo, la idea desbarata las pretensiones científicas de la teoría de campos, ya que el reino del poder es por naturaleza inestable, cambiante y en cierta medida aleatorio (Deleuze, *El poder. Curso sobre Foucault. Tomo 2* 116). Por supuesto, que no podamos hacer un mapa total no significa que no valga la pena ensayar una cartografía parcial.

A partir de la concepción del campo como un dispositivo se pueden definir todas las nociones clave del sistema de Bourdieu. Para este trabajo sin duda hay dos de especial relevancia: la de homología y la de capital. Si tradicionalmente la idea de capital precede —en un sentido teórico— a la de homología, aquí ambas quedan entrelazadas —lo veremos en el párrafo que sigue—, y en concreto la segunda pasa a ser una de las claves de la teoría de campos. Si toda visibilidad o enunciado —el ‘archivo’ de Foucault— actualiza y por lo tanto reenvía de un modo u otro al plano del poder, dos objetos adyacentes pueden emerger de zonas muy lejanas de ese plano, y el quehacer del investigador —del ‘arqueólogo’— pasa a ser el de encontrar esas diagonales secretas. Ya Bourdieu cifraba la razón de ser de la homología en la existencia de un “campo del poder” que sin embargo no quedaba del todo definido (Bourdieu, *Meditaciones pascalianas* 137; Bourdieu y Wacquant 124) porque tomarlo como un campo, es decir, como un objeto cualitativamente igual al resto de campos, produce varios problemas que sin embargo desaparecen al interpretar los campos como dispositivos y el campo del poder como la propia geometría de lo real.

A partir de esta idea las nociones de capital y homología se reúnen de forma natural. El capital sería una representación abstracta de diferencias de potencial al nivel del poder, es decir, un enunciado que nos permite hablar de lo que no podemos ver, del magma de fuerzas inaccesible que es el poder. Enunciado académico, digamos, ya que cuando un autor publica un libro en una editorial en vez de en otra no se explicita la transacción de capitales, por más que pueda quedar más o menos señalada en un contrato. Pero existe una forma de capital que sí se aviene a esa regla o al menos se

el concepto de forma muy restringida, sólo en el marco de pensamiento de Foucault y sólo en el sentido que adquiere cuando se pone en relación con el resto de sus herramientas conceptuales.

10 Quedaría por determinar en qué medida el campo tiene que ver también con los procesos de subjetivación, pero algo así excede por mucho el objetivo de este trabajo.

aproxima asintóticamente a consumarla: el capital monetario¹¹, y es por eso que el dinero adquiere una importancia fundamental en el sistema de Bourdieu. Bien pensado, no podría ser de otra manera, ya que el nacimiento de los campos es inseparable de la consolidación del capitalismo. Por otra parte, cabe aclarar que esa centralidad del capital monetario no comporta en modo alguno el mecanicismo economicista del que tantas veces se ha acusado a Bourdieu.

Por supuesto, salvo el dinero no hay una forma de capital que se pueda observar o sopesar al nivel del archivo. Sin embargo, si lo tomamos en su naturaleza de cristalización de las diferencias de potencial al nivel del poder resulta evidente que la variación de esos potenciales —los, digamos, corrimientos tectónicos del poder— producirá movimientos perceptibles al nivel del saber. Es así como la temporalidad es consustancial a este modelo y cómo ciertos enunciados que funcionan como “consignas” (Deleuze y Guattari, *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* 81) son lugares privilegiados a los que acudir en busca de los intercambios de capital. Más concretamente, el enunciado central que permite hablar de un campo es el que niega el valor del capital económico en virtud de otra cosa “más importante”¹²; esa otra cosa es, precisamente, el capital autónomo.

La genialidad de la noción de capital radica, entonces, en que es un objeto —siquiera como enunciado analítico— que sin embargo encarna y de algún modo cuantifica relaciones de poder magmáticas. De esa definición se desprende que ninguna forma de capital puede perdurar en el tiempo, ya que la naturaleza del poder es la de un permanente devenir. Sin embargo, el concepto de capital funciona porque existe una enorme red de dispositivos particulares de cada campo (la editorial, el agente, el *scout*) y más generales (el *copyright*, el contrato e incluso la propiedad privada o el nombre propio) que tratan de fijar el diagrama —y todo dispositivo es por definición una rectificación de un espacio curvo, y por lo tanto cumple una función conservadora (Deleuze, “¿Qué es un dispositivo?” 156)— y habilitan la perduración de las formas establecidas de capital. En particular, la máquina abstracta del diagrama del capitalismo trabaja incansable para fijar las diferencias de poder cristalizándolas en capitales monetarios.

Entonces, si para Bourdieu la homología es una forma de solidaridad objetiva entre posiciones de distintos campos, para nosotros es una actualización múltiple que

11 Prefiero esta designación a la de ‘capital económico’ porque la última puede llamar a error al confundirse con el capital autónomo del campo de la economía entendida como disciplina académica.

12 Un ejemplo concreto y al que Bourdieu acude es el de un autor que reniega del dinero en virtud del valor que su *illusio* le conferiría al “arte por el arte” (*Meditaciones pascalianas* 129).

vincula formas de capital diversas. Dicho de otro modo: si dos cristalizaciones de capital emergen de la misma asimetría al nivel del poder, una variación en esa asimetría hará que ambas cristalizaciones cambien, y observando los corrimientos de capital en diferentes campos podemos determinar la homología, que es al mismo tiempo la herramienta que nos permite hablar de fronteras entre los campos. La homología no es ya una relación entre cosas, sino una relación entre relaciones que actualizan distintas formas de capital.

Un ejemplo: si consideramos el pasaje en el que Bourdieu nos habla del modo en que Baudelaire creó una nueva posición en el campo literario (la del editor de combate) por homología con el de las artes plásticas (*Las reglas del arte* 108), ya no necesitamos caracterizar a Baudelaire como un personaje genial para comprender que es la propia tectónica del campo la que creó esa posición, y Baudelaire el que la nombró. En ese sentido, el poder hace ver y hace hablar (Deleuze, *El poder. Curso sobre Foucault. Tomo 2* 57), y el enunciado de Baudelaire dice tanto del campo como del propio Baudelaire, que también *se hace ver* y *se dice* a partir de otros dispositivos muy ligados al campo, como el de la genialidad¹³.

Apuntes para una teoría del (hiper)campo mundial

La preeminencia de lo nacional en la teoría de campos no es un axioma de la misma. Desde luego, no lo es tras aplicarle las operaciones que venimos exponiendo en este trabajo¹⁴, pero lo cierto es que tampoco lo fue nunca en el sistema de Bourdieu. Si en sus análisis concretos (destaca en este sentido el de *La educación sentimental*, de Flaubert, novela de la que se ocupa en *Las reglas del arte*) Bourdieu le daba tanta importancia a la variable nacional es porque, de hecho, en sus casos de estudio particulares sí que resultaba central.

Pensar la literatura mundial desde la teoría de campos nos ayuda, entonces, a ampliar nuestra mirada y a preguntarnos cuáles son los conceptos fundamentales de dicha teoría. Responder que no hay ninguno, que no depende de ningún axioma, nos abocaría a convertirla en una herramienta más abstracta —como las nociones de ‘red’ o ‘espacio’— y a dejar de lado su carácter de teoría, es decir, el modo en que sus conceptos se imbrican y, por lo tanto, renunciar a su poder explicativo.

¹³ En mi tesis doctoral desarrollo la noción de ‘disposición’ para referirme a esta clase de dispositivos (309-28).

¹⁴ A la hora de determinar la arquitectura de un campo específico la variable lingüística, por ejemplo, puede tomar más importancia que la nacional, y dentro de un Estado-nación podemos hablar de diferentes campos literarios autónomos en distintas lenguas.

¿Cuál podría ser esa variable imprescindible a la hora de determinar qué es un campo y qué no? Para responder a la pregunta hay que remontarse brevemente a la génesis de los primeros campos y transformar el interrogante: ¿qué cambió para que podamos empezar a hablar de campo a partir de un momento histórico dado? La respuesta depende en buena medida del horizonte epistémico de cada investigador. Bourdieu, por ejemplo, ubica la génesis del campo literario en la Francia de la segunda mitad del siglo XIX (*Meditaciones pascalianas* 129), y remonta la de otros campos a “la Italia del Renacimiento” (34). Pascale Casanova —que trabaja con la noción de ‘espacio’— la sitúa en la *Pléiade* (24). Ignacio Sánchez Prado problematiza la cronología y señala el galocentrismo que impedía a Casanova ver dinámicas de campo ya en el Siglo de Oro español (28-29). Desde fuera de la teoría de campos, Martha Woodmansee ha consignado el nacimiento de un mercado literario en la época del Sturm und Drang alemán (12), y Jacques Rancière considera que la pérdida de la función conmemorativa del arte —pérdida que se puede entender como un síntoma de autonomía— sucedió a raíz de las guerras napoleónicas (44). Se ve claramente cómo en todos los casos se acude al siglo XIX como momento de consolidación y a los siglos XV-XVI como momento fundacional. Está claro, entonces, que la génesis y el auge de un sistema de campos está estrechamente ligado al capitalismo y, más en general, al avance de la modernidad en Occidente. A partir de esta idea, no resulta extraño que a la postre la fuerza fundamental que da consistencia al diagrama sobre el que los campos actualizan sus objetos sea el deseo (en un sentido muy abstracto, en el de afectos y resistencias al nivel de las fuerzas) ni que el surgimiento de los campos tenga que ver con el del capitalismo, un régimen económico, político y de producción de sujetos cuyo motor es la deseabilidad.

Hugo Achugar ha señalado una ausencia muy elocuente en los análisis de Casanova que al mismo tiempo nos habla de todos estos problemas (Achugar 208). Me refiero a la de las vanguardias históricas, uno de los movimientos cruciales a la hora de entender la evolución del arte en el siglo XX. Toda teoría hace invisible aquello de lo que no puede dar cuenta; en el caso de Casanova, que acepta la idea de una “capital literaria desnacionalizada y universal del universo literario” (14), ¿cómo explicar la aparición casi simultánea —en términos históricos— de un movimiento artístico rupturista y que reivindica claramente su autonomía en Italia, Francia, Rusia y Alemania, y más adelante en Latinoamérica y España?

Para salir de la encrucijada podemos acudir a una noción que emerge de las que vengo presentando: la de crisis¹⁵. Ya he señalado que todo dispositivo es una

15 En un pasaje brillante de *Homo academicus* Bourdieu ya apunta a esta idea (226).

forma de rectificación, un intento por mantener la forma de lo que por naturaleza es informe. Se puede leer desde ahí la famosa sentencia de Gramsci: “[l]a crisis consiste appunto nel fatto che il vecchio muore e il nuovo non può nascere” (311). Es decir: el magma ha cambiado al nivel del poder y los edificios que se habían erigido para transportar ese magma al nivel del saber están empezando a desmoronarse. Según esa definición, una crisis nunca se circunscribe a un solo ámbito. No sorprende que la palabra remita inmediatamente a la economía, pero esa primacía de lo económico es discutible, en tanto una crisis se puede entender como un conjunto de manifestaciones al nivel del saber de un profundo cambio al nivel del poder. Al mismo tiempo es, sin embargo, natural, ya que el capital económico es que mejor opera como visibilidad y por lo tanto el que primero manifiesta ese cambio.

Hay una problematicidad constitutiva del poder que tiene mucho que ver con esto. Los objetos que aparecen al nivel del saber como formas de oposición son siempre actualizaciones de un problema, de una tensión. Y es en esos juegos donde aparecen los nuevos enunciados y las nuevas formas de relación.

Casanova nos propone una noción para entender cómo se temporaliza el campo: la del Meridiano de Greenwich. El concepto es interesante, pero vale la pena desnaturalizarlo, liberarlo de la teleología que lleva implícita y problematizar cómo lo valora Casanova, que parece considerarlo algo positivo o deseable (24). Sin embargo, la idea de una “puesta en hora” de varios campos —que ya estaba, de forma embrionaria, en Bourdieu (237)— que en principio son autónomos entre sí para ajustarse a una misma temporalidad (artística, económica, judicial... dependiendo del campo) se puede leer desde la noción de crisis como una reconfiguración de los dispositivos que vienen a dar cuenta de una nueva “emergencia”¹⁶ al nivel del poder. Es a través de las crisis, entonces, que los campos se temporalizan, y dependerá de si la naturaleza de esas crisis es nacional o internacional cuál sea el alcance de los nuevos objetos (libros, escuelas, disputas; en definitiva, enunciados y visibilidades) que acabarán por producirse.

Como se ve, esa suerte de meridiano (que en realidad es una línea de fuerza) no tiene por qué localizarse en un Estado-nación concreto, aunque lo haya hecho con frecuencia durante la historia. Antes de abordar, para terminar, las posibilidades de este marco conceptual para pensar la literatura en tiempos de globalización, vale la

16 En las traducciones de Foucault y Deleuze se suele utilizar la palabra “urgencia”, pero en español “emergencia” mantiene mejor la polisemia o produce una polisemia que interesa conservar. Podemos hacer extensiva a estos dispositivos la característica que Foucault atribuía al dispositivo autorial; son “la figure idéologique par laquelle on conjure la prolifération du sens” (*Dits et écrits 1954-1988. III; 1976-1979* 811).

pena hacer dos apuntes terminológicos que han llevado a varias disputas en el seno de los estudios de la teoría de campos.

En primer lugar, la propia noción de campo es algo confusa si no se separan cualitativamente los planos del saber y del poder. Por una parte, se utiliza a veces para referirse al esquema de relaciones objetivas (siguiendo la terminología de Bourdieu) de un momento histórico concreto. Por otra, para referirse a los enunciados y las visibilidades producidas en un momento histórico dado (autores, obras, traductores, revistas, etc.). Por eso, aquí venimos utilizando la palabra “campo” para hablar del dispositivo que actualiza las relaciones de poder y no de los objetos que produce. Más problemático resulta el uso de la palabra “autonomía”. Se ha señalado que Bourdieu habría incurrido en cierto idealismo al considerar que los campos son autónomos del mercado o de ciertos poderes, pero lo cierto es que él nunca afirmó tal cosa. La autonomía es una forma de relación entre capitales, y es por lo tanto siempre *relativa*¹⁷, y esta idea está en la obra de Bourdieu. Además, lejos de implicar un aislamiento entre campos (y quizá al francés sí se le podría hacer esta matización) la autonomía es una relación de homología, heterónoma (si es positiva, es decir, si el cambio en los capitales de un campo produce un cambio análogo en otro, y por lo tanto ambos remiten a la misma zona del plano del poder) o autónoma (si la homología es de tipo negativo). Así, la autonomía no es un ideal ni una forma perfecta de efectuación de los campos, sino una modulación entre los capitales de los mismos y, por lo tanto, una forma de homología.

Conclusiones

Existe en los estudios de literatura mundial una ambigüedad conceptual probablemente deliberada y no del todo independiente de los problemas terminológicos que acabo de señalar. Por una parte asistimos a lo que podríamos llamar una concepción “pedagógica” o “programática” cuyo principal representante sería David Damrosch (cf., por ejemplo, 282-83). Según esta escuela —cuyo programa pasaría por una reformulación del comparatismo— la literatura mundial sería una suerte de ideal al que habría que tender, y en ese sentido son herederos tardíos de lo que proponía Goethe en sus famosas conversaciones con Eckermann (185). La segunda corriente, que podríamos llamar “crítica” o “teórica” trata de historizar la idea de una literatura mundial y de desarmarla para develar los mecanismos que la han producido. Es sintomático que en la primera encontremos sobre todo a teóricos franceses o anglosajones y que la mayoría de latinoamericanistas que se han dedicado al tema se concentren en la segunda y

17 Esta matización también la ha hecho el investigador José Luis de Diego (34).

traten de evitar que la especificidad de su complejísimo objeto de estudio se subsuma en una —otra— gran teoría. Este grupo, cuya visión del quehacer investigador atraviesa todo lo que vengo proponiendo, estaría compuesto por académicos como Mabel Moraña o Ignacio Sánchez Prado, Ana Gallego Cuiñas, que elabora una crítica desde la teoría del valor (*Ricardo Piglia y la literatura mundial* 24), Héctor Hoyos o Mariano Siskind, así como Jorge Locane, que propone varias objeciones muy pertinentes al modelo de Damrosch.

La visión crítica de la segunda escuela nos habilita para pensar la literatura mundial desde otras ópticas, moviendo el Meridiano de Greenwich y la capital literaria cuando lo creamos conveniente. Lo que aquí he venido exponiendo no es sino la posibilidad de una abstracción, de un sistema que se podría aplicar de multitud de maneras posibles. En el caso concreto de la literatura mundial, Bourdieu nos entregó una poderosa herramienta, la idea de un campo mundial, sin explicitar cómo podría realizarse. Mi propuesta es pensar ese campo como una suerte de hipercampo. Del mismo modo en que un campo nacional concreto puede tener subcampos —siempre que definan sus formas específicas de valor, como tal vez el subcampo de la poesía dentro del campo literario español de la actualidad— podemos hablar de hipercampo para referirnos a ese objeto teórico que no contiene a los demás campos pero tampoco se reduce a su intersección.

El hipercampo mundial hace operar un capital propio que guarda cierto grado de autonomía respecto de los nacionales. La diferencia de grado impone una simplificación; si en el campo literario español podemos encontrar varias formas de capital (digamos, por ejemplo, un capital social, uno conservador y uno autónomo), en la transacción al campo mundial ese triángulo pasa a ser una línea: la del capital literario español. La relación (esta puede ser de muchos tipos, pero quizá la más importante sea la geostratégica) de los capitales nacionales que dominan el hipercampo con cada campo nacional determinará qué forma de capital se impondrá al momento de la mundialización. Al mismo tiempo, los *gatekeepers*¹⁸ que en cada momento guarden la entrada del hipercampo establecerán los lugares y los ritos de pasaje a la mundialización. Tenemos, por lo tanto, una compleja relación entre el hipercapital¹⁹ mundial y cada uno de los capitales específicos de los campos nacionales que nos podemos figurar bajo la

18 De las múltiples definiciones de este concepto seguimos aquí la de Gallego Cuiñas, que rechaza la idea del *gatekeeper* como "personajes concretos" y lo entiende como "un dispositivo, una llave" ("Las narrativas del siglo XXI en el Cono sur: estéticas alternativas, mediadores independientes" 9).

19 Afirmamos que el campo mundial es un hipercampo en el sentido en que toma las relaciones que actualiza un campo y las 'reactualiza'. Así, el hipercapital es un capital de capitales, constituido por todos ellos y a la vez distinto de su mero sumatorio.

imagen de un prisma —Casanova lo plantearía en términos de cotización y valores de bolsa (26)— de muchas caras que refleja parte de la luz y refracta otra, transformándola, para armar en su interior una nueva imagen. La forma de ese prisma —el modo en que comba la luz— dependerá, para cada momento histórico, de las relaciones de dominación geopolíticas, económicas, históricas y culturales. Determinar esas relaciones y escribir la geoproblemática del diagrama sería la tarea de cualquier investigador que trate de aproximarse desde la teoría de campos a la literatura mundial.

En la actualidad el campo mundial no comanda por completo los campos nacionales ni otros campos autónomos. Su temporalidad no es un polo atractor para el resto de campos y, dado que tiende a aplanar la diferencia, suele quedarse atrás respecto a otros campos en los que se juega el “presente estético” de lo literario. La autonomía total del hipercampo mundial (es una asíntota), lejos de ser un objetivo deseable, comportaría la desdiferenciación absoluta de todos los demás campos y por lo tanto conllevaría un máximo de aplanamiento estético del hecho literario; como dispositivo, su naturaleza es la de conservar lo dado. Lo que para algunos es una utopía aquí se aparece como una distopía: el campo literario mundial está estrechamente ligado a la globalización, así que el triunfo de su capital autónomo no significaría otra cosa que la imposición absoluta de la lógica —del diagrama— del estadio actual del capitalismo sobre cualquier lógica específica, y por lo tanto la negación de cualquier posición homológica a la contra. En la teoría de Bourdieu, por suerte, hay lugar para la resistencia.

Bibliografía

- Achugar, Hugo. “Apuntes sobre la ‘literatura mundial’, o acerca de la imposible universalidad de la ‘literatura universal’”. *América Latina en la “literatura mundial”*, Ignacio M. Sánchez-Prado (ed.), Pittsburgh, Biblioteca de América, 2006, pp. 197-121.
- Boschetti, Anna. “El campo literario”. *Bourdieu después de Bourdieu*, Diana Sanz Roig (ed.), Madrid, Arco Libros, 2014, pp. 71-98.
- Bourdieu, Pierre. *El sentido práctico*, traducido por Álvaro Pazos. Madrid, Taurus, 1991.
- _____. *Las reglas del arte*, traducido por Thomas Kauf. Barcelona, Anagrama, 1995.
- _____. *Meditaciones pascalianas*, traducido por Thomas Kauf. Barcelona, Anagrama, 1999.
- _____. “Une révolution conservatrice dans l'édition”. *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 126-127, 1999, pp. 3-28.
- _____. *Las estructuras sociales de la economía*, traducido por Horacio Pons. Buenos Aires, Manantial, 2000.

- _____. *Homo academicus*, traducido por Ariel Dillon. Buenos Aires, Siglo XXI Argentina, 2008.
- _____. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, traducido por M^a del Carmen Ruiz de Elvira. Madrid, Taurus, 2012.
- Bourdieu, Pierre y Pierre-Marc de Biasi. "Todo es social". *Bourdieu después de Bourdieu*, Diana Sanz Roig (ed.), Madrid, Arco Libros, 2014, pp. 51-68.
- Bourdieu, Pierre, y Loïc Wacquant. *Una invitación a la sociología reflexiva*, traducido por Ariel Dillon. Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Casanova, Pascale. *La República mundial de las Letras*, traducido por Jaime Zulaika. Barcelona, Anagrama, 2001.
- Cerón Martínez, Armando Ulises. "Habitus y capitales: ¿Disposiciones o dispositivos sociales? Notas teórico-metodológicas para la investigación social". *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*, vol. 4, no. 2, 2012, pp. 68-82.
- Damrosch, David. *What is World Literature?* Princeton, Princeton University Press, 2003.
- de Diego, José Luis. *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*. La Plata, Ediciones Al Margen, 2003.
- Deleuze, Gilles. "¿Qué es un dispositivo?" *Michel Foucault, filósofo*, traducido por Alberto L. Bixio. Madrid, Gedisa, 1990, pp. 155-63.
- _____. "Post-scriptum sur les sociétés de contrôle". *Pourparlers*, París, Éditions de Minuit, 1990, pp. 240-47.
- _____. "Últimos textos: El 'Yo me acuerdo' La inmanencia: una vida...", traducido por Marco Parmeggiani. *Contrastes: Revista internacional de filosofía*, vol. 7, 2002, pp. 219-37.
- _____. *El saber. Curso sobre Foucault. Tomo 1*, traducido por Pablo Ires y Sebastián Puente. Buenos Aires, Cactus, 2013.
- _____. *El poder. Curso sobre Foucault. Tomo 2*, traducido por Pablo Ires y Sebastián Puente. Buenos Aires, Cactus, 2014.
- _____. *La subjetivación. Curso sobre Foucault. Tomo III*, traducido por Pablo Ires y Sebastián Puente. Buenos Aires, Cactus, 2015.
- Deleuze, Gilles, y Félix Guattari. *¿Qué es la filosofía?*, traducido por Thomas Kauf. Barcelona, Anagrama, 1997.
- _____. *Kafka, por una literatura menor*, traducción de Jorge Aguilar Mora. México, Ediciones Era, 1990.

- ____. *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, traducido por José Pérez Vázquez y Umbelina Larraceta. Valencia, Pre-textos, 2004.
- Eckermann, Johann Peter. *Conversaciones con Goethe*, traducido por Francisco Ayala. México, Editorial Jackson, 1949.
- Foucault, Michel. *Dits et écrits 1954-1988. III. 1976-1979*. París, Éditions Gallimard, 1994.
- ____. *Raymond Roussel*, traducido por Patricio Canto. México, Siglo XXI, 1999.
- Gallego Cuiñas, Ana. "Las narrativas del siglo XXI en el Cono sur: estéticas alternativas, mediadores independientes". *Ínsula*, vol. 859-860, 2018, pp. 8-12.
- ____. *Ricardo Piglia y la literatura mundial*. Madrid y Fráncfort, Iberoamericana / Vervuert, 2019.
- Gramsci, Antonio. *Quaderni del carcere. Volume primo. Quaderni 1-5*. Turín, Giulio Einaudi Editore, 1977.
- Hachemi Guerrero, Antonio Munir. *Repensar a Bourdieu: La recepción de Borges en la narrativa española (1975 – 2011)*. 2020. Universidad de Granada, tesis doctoral, <https://digibug.ugr.es/handle/10481/64603>. Acceso 15 de noviembre de 2021.
- Hardt, Michael. *The Art of Organization: Foundations of a Political Ontology in Gilles Deleuze and Antonio Negri*. 1990. University of Washington, tesis doctoral, <https://www.proquest.com/openview/bd4cb3d79d7a067b7e50789b64566ad-b/1?pq-origsite=gscholar&cbl=18750&diss=y>. Acceso 15 de noviembre de 2021.
- Hoyos, Héctor. *Beyond Bolaño, the Global Latin American Novel*. Nueva York, Columbia University Press, 2015.
- Locane, Jorge J. *De la literatura latinoamericana a la literatura (latinoamericana) mundial: condiciones materiales, procesos y actores*. Berlín, De Gruyter, 2019.
- Moraña, Mabel. "Post-scriptum. 'A río revuelto, ganancia de pescadores'. América Latina y el déja-vu de la literatura mundial". *América Latina en la "literatura mundial"*, Ignacio M. Sánchez-Prado (ed.), Pittsburgh, Biblioteca de América, 2006, pp. 319-36.
- Rancière, Jacques. *Aisthesis. Escenas del régimen estético del arte*, traducido por Horacio Pons. Buenos Aires, Manantial, 2013.
- Sánchez Prado, Ignacio M. "'Hijos de Metapa': un recorrido conceptual de la literatura mundial (a manera de introducción)". *América Latina en la "literatura mundial"*, Ignacio M. Sánchez-Prado (ed.), Pittsburgh, Biblioteca de América, 2006, pp. 7-46.

Sapiro, Gisèle. "Redes, instituciones, campo". *Bourdieu después de Bourdieu*, Diana Sanz Roig (ed.), Madrid, Arco Libros, 2014, pp. 123-41.

Siskind, Mariano. *Deseos cosmopolitas. Modernidad global y literatura mundial en América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica, 2016.

Thoburn, Nicholas. *Deleuze, Marx and Politics*. Londres, Routledge, 2003.

Woodmansee, Martha. *The author, Art, and the Market: Rereading the History of Aesthetics*. Nueva York, Columbia University Press, 1994.